

Los nuevos ingredientes del vínculo trasatlántico

JAVIER PARDO DE SANTAYANA Y COLOMA*

El llamado “vínculo trasatlántico” entre Estados Unidos y Europa, que funcionó casi a la perfección durante el largo y crítico periodo de la guerra fría, pasa ahora por momentos difíciles. La postura de Francia ante el conflicto de Iraq, desafiando al liderazgo norteamericano con la amenaza de hacer uso del veto, es decir, de lo que había sido el símbolo mismo de aquella guerra, causó la disensión entre los países de la Unión y planteó duros enfrentamientos con nuestros aliados del otro lado del océano, que, por su parte, ya habían empezado a dar muestras de un interés decreciente por contar con los europeos.

* Teniente General en la Reserva.

La gravedad de las repercusiones que puede tener este desencuentro me impulsa a analizar las claves del deterioro sufrido por las relaciones entre una y otra orilla del océano, precisamente cuando la seguridad ha pasado a ocupar la primera línea de las preocupaciones políticas.

Para ello consideraré los tres grupos de ingredientes que componen, a mi juicio, la relación trasatlántica, y que se relacionan, respectivamente, con el pasado, con el presente y con el futuro. Los analizaré según fueron en la guerra fría y tal como son ahora, en este periodo, más que de “post-guerra fría”, “post-once de septiembre”.

El vínculo durante la Guerra Fría. Los ingredientes de carácter más permanente fueron el origen histórico común y una base de cultura compartida, que hacían del vínculo trasatlántico un hecho casi “natural” y, desde luego, deseable. A este ingrediente había que añadir otro relativo a un pasado bastante más reciente y que se halla situado en la memoria colectiva: el de la experiencia histórica de las dos guerras mundiales (en cierto modo también civiles para Europa), en las que los Estados Unidos acudieron en socorro de los países libres de nuestro continente, que entonces se encontraban en una situación ciertamente dramática.

Estos ingredientes procedentes del pasado aportaron al vínculo unos elementos morales y psicológicos muy importantes. Mientras la conciencia de un origen y una cultura comunes fortalecían nuestros lazos aportando caracteres de autenticidad y vocación de permanencia, el recuerdo del sacrificio norteamericano por Europa planteaba una exigencia de lealtad mutua y enriquecía nuestra relación con una actitud de reconocimiento por parte de los europeos hacia sus “amigos” norteamericanos, con los cuales se mantenía una profunda deuda de gratitud. Aquella experiencia histórica compartida generaría un sentimiento de fraternidad que hizo exclamar al presidente Kennedy, en justa reciprocidad: “Ich bin ein Berliner!”.

En cuanto a los ingredientes suministrados por el presente, éstos se situaban en el ámbito puro y duro de la necesidad, hasta el punto de que ésta sería la causa primera de que se materializase el vínculo en forma de una nueva y original Alianza. Se cernía sobre Europa una gran amenaza, la del Imperio soviético, que había que afrontar en un contexto de enfrentamiento ideológico de enorme gravedad con el riesgo añadido de un posible conflicto nuclear. Y a esta necesidad se unía otra, no menos acusada y perentoria, consecuencia de la incapacidad europea: sólo los Estados Unidos estaban en condiciones de apoyar la defensa de Occidente con sus armas, con sus hombres, y también con su dinero.

La presión de estas circunstancias no fue impedimento para que pronto se incluyesen en este vínculo algunos ingredientes destinados a modelar el futuro y que revelaban una visión de gran alcance. Se trataba, por una parte, de integrar a Alemania para que no volviera a las andadas y, por otra, de proporcionar a Europa el cemento que necesitaba para una transformación que se revelaba como necesaria tras la desgraciada y reiterada experiencia de las dos guerras mundiales que aquí habían tenido su origen. Además, la presencia norteamericana evitaría que las luchas internas por la hegemonía o por el liderazgo, que

siempre fueron causa de conflicto en nuestro continente, malograsen el ambicioso proyecto europeo.

El vínculo en la Post-Guerra Fría y tras el 11-S. La cuestión es: ¿Sigue aún vigente aquel vínculo? ¿Qué fue de aquellos ingredientes a los que acabo de aludir?

Naturalmente, los ingredientes relacionados con el pasado siguen ahí. Pero hay un problema, y es que, por mucho que rechacemos los vaticinios de Huntington sobre el choque de las civilizaciones, hemos de reconocer que, en el actual contexto de confrontaciones de raíz o pretexto cultural, cada vez caemos más en la tentación de subrayar nuestras diferencias y no nuestras coincidencias. Mientras durante la guerra fría pusimos el mayor énfasis en el hecho de que ambas orillas compartíamos unos mismos valores y principios dentro de un espacio de cultura común, ahora nos empeñamos en señalar que nuestras culturas son, en el fondo, bastante diferentes. Por otra parte, con el transcurso del tiempo y con la desaparición de la amenaza, la deuda adquirida va difuminándose en nuestra memoria y nuestro sentimiento de fraternidad empieza a evaporarse. Consecuencias de ello son el distanciamiento y también la deslealtad, cuyas cicatrices son bien difíciles de hacer desaparecer.

En cuanto al presente, la realidad es que desapareció lo que fue su principal ingrediente durante la guerra fría. Efectivamente, el “presente actual” no registra una amenaza específica contra Europa, de lo cual podría derivarse que no parece haber una necesidad expresa para mantener el vínculo. Al menos, las necesidades actuales no son las que dieron origen al lazo trasatlántico y a su materialización en una Alianza. En cambio, sí que subsiste la necesidad del apoyo norteamericano, pero más por desidia propia que por otra cosa, pues los europeos, que en otros aspectos damos muestras de querer ser, seguimos confiados en que los norteamericanos resolverán de una u otra forma los conflictos que puedan surgir y, en caso necesario, garantizarán nuestra seguridad. Así que aprovechamos tal circunstancia para gastar lo mínimo imprescindible en seguridad y defensa e incluso remoloneamos a la hora de cumplir nuestros planes y nuestros compromisos. Criticaremos a los norteamericanos, pero en caso de necesidad apelaremos a los acuerdos “Berlín Plus”. Las consecuencias son, naturalmente, contradicción y pérdida de credibilidad, ambas en clamoroso perjuicio del vínculo que antes nos hermanaba.

Con objeto de completar mi análisis, propongo que observemos la situación en que se encuentran lo que fueron los ingredientes propuestos para cocinar el futuro. También aquí constataremos algunos cambios fundamentales: Alemania se halla plenamente integrada en Europa desde hace largo tiempo, y el cemento que proporcionó la Alianza acabó por fraguar en una Unión que ya culminó la fase económica e intenta construir su dimensión política. Además, el moderar las ansias de liderazgo y las pretensiones hegemónicas corresponde ya más a los propios europeos que a la influencia norteamericana, y si Washington pretende intervenir de alguna forma, su iniciativa será considerada como una inaceptable intromisión. La consecuencia práctica, que ahora estamos viviendo, es una cierta tendencia a retornar a la vieja política de las “ententes” entre los países poderosos, cada vez más propensos a dictar lo que deben hacer los demás.

Pero el hecho es que la necesidad primera ha sido sustituida por otras nuevas. La implosión del imperio soviético creó un vacío de seguridad, y los antiguos miembros del Pacto de Varsovia pronto hicieron cola como aspirantes a formar parte de la Alianza, a la que consideraron su objetivo prioritario, por encima, incluso, de la Unión Europea. En este sentido se orientó entonces nuestro vínculo común con los norteamericanos: se trataba de un acervo codiciado por quienes temían quedar indefensos y sumergidos dentro de una zona gris, y que no podía desperdiciarse cuando precisamente nos enfrentábamos a un futuro que exigía, como primera prioridad, la protección de la paz alcanzada.

Por otra parte, el mundo ha seguido evolucionando según determinados vectores que refuerzan esa misma necesidad. En primer lugar, nos encontramos con el fenómeno de la globalización, que, al acortar las distancias y demandar la ampliación de espacios de seguridad y, en general, de relación, acentúa cada vez más el carácter de bien adquirido que tiene un ámbito euroatlántico situado ya en esa línea deseable de futuro.

La globalización también exige la acción multilateral, necesaria para poder resolver unas desigualdades y unos conflictos que se nos hacen ya insoportables por pura solidaridad humana y porque existe la percepción de que, más tarde o más temprano, acabarán por afectarnos a todos, independientemente del lugar en que se produzcan.

Mientras tanto, crece y se extiende el convencimiento de que es necesario avanzar hacia un nuevo orden internacional. En este sentido, la Unión Europea y la Alianza Atlántica se nos muestran, no sólo como iniciativas con futuro, sino también como verdaderos modelos de ese orden internacional más racional, más justo y más seguro que se pretende establecer. En esta cuestión radica, en último extremo, la necesidad de que ambas organizaciones alcancen el éxito y sigan desarrollándose y adaptándose a los nuevos tiempos.

Además, el 11-S ha venido a acentuar la importancia que tiene nuestro vínculo trasatlántico, con vista al futuro, desde el punto de vista de su necesidad. No creo que puedan existir dudas en cuanto a que el entendimiento mutuo y la acción concertada de Estados Unidos y Europa son esenciales, tanto para el éxito contra las ONGs del terrorismo y del crimen organizado como para abordar los grandes problemas del hambre y el subdesarrollo. La lucha contra el terrorismo internacional, y los esfuerzos por evitar su convergencia con la proliferación de las armas de destrucción masiva, cuyo peligro acaba de recordarnos el Sr. El Baradei, presidente de la Agencia Internacional de Energía Atómica, demandan un empeño solidario en el que el éxito es imposible sin el liderazgo norteamericano y también sin las aportaciones de todos los demás. Y desde el 11-S asistimos a una transformación del panorama estratégico mundial que, aunque es fruto de la iniciativa norteamericana, se produce con la cooperación de muchos otros países.

Por otra parte, la Alianza Atlántica, que nació como un instrumento para la defensa de Occidente, se ha convertido ya en un instrumento para la seguridad global. Por tanto, la OTAN, como materialización del vínculo, se nos muestra también como un lugar de encuentro en el que la relación entre Estados Unidos y Europa cobra todo su sentido.

Conclusión. Del análisis que acabo de presentar se deduce que tanto el pasado, como el presente, como el futuro, están demandando la permanencia del vínculo trasatlántico, que sigue siendo la pieza clave de nuestra seguridad y lo es ahora también del esfuerzo solidario que exige el mundo actual para desarrollar un orden internacional más justo, más seguro y, por tanto, más racional. El carácter de la necesidad presente ha cambiado, y lo que el futuro nos sugiere como más conveniente, también. Pero las necesidades actuales y nuestra visión de lo que el futuro demanda establecen un marco para la acción no menos exigente que en los tiempos de la guerra fría, que ya nos parecen tan lejanos.

Estoy convencido de que el futuro de las relaciones entre Estados Unidos y Europa dependerá en gran parte de la voluntad de ser europea, cuya credibilidad se basará fundamentalmente en nuestra determinación para desarrollar en términos prácticos nuestra propia concepción de la seguridad internacional. El documento ya consensuado que la define, basado en otro elaborado por el Sr. Solana y recibido con entusiasmo y alivio por todos, expresa los conceptos específicos de la visión europea al tiempo que contiene principios y expresiones que lo aproximan a la visión norteamericana. Este documento constituye una especie de marco estratégico no excesivamente concreto que será utilizado como base orientadora para la organización de la seguridad y la defensa europeas y para eliminar las actuales ambigüedades en torno a lo que realmente debemos entender por “potencia civil” según la acepción europea, evitando así algunas interpretaciones excesivamente “pacifistas” de esta etiqueta.

Decididamente, no es éste el momento más adecuado para el disenso, sino precisamente para el acuerdo; no es el momento para la división, sino para la unión. No es el momento para las palabras excesivas, sino para la acción eficaz. En las actuales circunstancias, el centro de aplicación de los esfuerzos concertados por las dos partes del vínculo trasatlántico ya no está en Europa, sino fuera de ella. Ya no se “depende” tanto de Estados Unidos, pero sigue habiendo un enemigo común, y también una responsabilidad compartida.

Dice Jean-François Revel que la preminencia norteamericana no es sino un fruto de los errores cometidos por los europeos, que el pasado siglo se entregaron a dos devastadoras guerras civiles que degeneraron en guerras mundiales. Hoy nadie podrá mostrarnos una opción de seguridad, como tampoco de eficacia para resolver los grandes problemas de la Humanidad, que no pase por el liderazgo norteamericano. Seamos ambiciosos, sí, pero también realistas y prudentes, aprendamos de la Historia y procuremos no cometer más errores.